

BEN ZIMET

CUENTOS DEL
PUEBLO JUDÍO

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2007

Cubierta e ilustraciones de Christian Hugo Martín

Tradujo Jorge Sans Vila

sobre el original francés *Contes du Yiddisbland. Paroles du peuple juif*

© Éditions du Seuil, Paris 2000

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2002

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1447-4

Depósito legal: S. 915-2007

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2007

Todo cuento es sangriento. Todos los cuentos brotan de las profundidades de la sangre y de la angustia. Por eso todos los cuentos están emparentados. Tan sólo difieren en la superficie. Los cuentos nórdicos no crecen de la misma fauna imaginativa que los cuentos de los negros de África. Pero el meollo, la hondura del deseo, es análoga.

Franz Kafka

Cuando el maestro espiritual Israel Baal Schem Tov, fundador del jasidismo, tenía ante sí una tarea difícil, iba a cierto lugar del bosque, encendía un fuego y meditaba rezando. Y aquello que decidía hacer se realizaba.

En la generación siguiente, cuando su discípulo tuvo ante sí la misma tarea, se dirigió a aquel lugar del bosque y dijo:

—No sabemos ya encender el fuego, pero todavía conocemos las oraciones.

Y lo que decidió hacer se realizó.

Una generación posterior, cuando el discípulo del discípulo tuvo ante sí también la misma tarea, fue a aquel lugar del bosque y dijo:

—No sabemos ya encender el fuego y hemos olvidado las oraciones, pero aún conocemos el lugar del bosque donde aquello pasó. Tiene que ser suficiente.

Y, en efecto, fue suficiente.

Pero una generación más posterior todavía, cuando el discípulo del discípulo del discípulo se sentó en su dorado trono, en su castillo, dijo:

—No sabemos ya encender el fuego. Hemos olvidado las oraciones. No localizamos ya el lugar del bosque donde todo aquello pasó. Pero podemos todavía contar la historia.

Tradición jasídica

Partiendo de la época bíblica y posbíblica, presentamos cuentos judeo-árabes y sefarditas, leyendas yemeníes, narraciones y cuentos contemporáneos de América y de Israel.

Ya en los tiempos bíblicos, la narración era considerada un arte por el pueblo judío. El Antiguo Testamento abunda en mitos diversos de la creación y de los orígenes, y relata acciones épicas de los primitivos héroes.

Las sagradas Escrituras describen con mucho detalle la irresistible afición de los reyes y profetas hebreos a las narraciones de carácter moral, inspiradas en antiguas leyendas.

Después aparece el Talmud, monumental antología dialéctica de comentarios, discusiones y debates sobre el Antiguo Testamento, obra de casi dos mil sucesivos rabinos eruditos, compuesta a lo largo de doce siglos, durante los que va reuniendo las leyes civiles y canónicas de los judíos desde el siglo VIII a.C. hasta los siglos V y VI de nuestra era.

El Talmud contiene miles de relatos y leyendas a propósito de los patriarcas y de los otros sabios judíos. De la época posbíblica hasta la Edad Media tenemos el *Midrás*, amplio cuerpo de comentarios legales y de interpretaciones rabínicas del Antiguo Testamento, que recoge por escrito las innumerables tradiciones orales o *Haggadá*. Las leyendas haggádicas, o *Haggadot*, ilustran esencialmente el valor moral y la sabiduría sobrenatural de los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, de los reyes David y Salomón, y de otros héroes espirituales.

La emergencia en el siglo XVIII, en Europa del Este, de una sorprendente rama de judíos piadosos, conocidos con el nombre de *jasídím*, dio pie a una multitud de nuevas leyendas, parábolas, dichos y cuentos. Tales narraciones jasídicas se siguen contando todavía hoy por los descendientes del célebre Israel Baal Schem Tov, fundador del movimiento, y forman parte integrante del patrimonio judío.

Desde aquella época hasta nuestros días, las diversas comunidades del pueblo judío no han cesado de cultivar el arte de la narración –aunque la *Shoá* haya interrumpido parcialmente ese interés–, siendo una amplia parte de ese arte narrativo irónico e incluso humorístico.

La institución social del sermón (*deracha*) ha sido siempre la atracción más popular en el seno de las diferentes comunidades judías, tanto en el Este como en el Oeste, y el predicador (*darchan*) era el instrumento principal de difusión.

Paralelamente a esa vía religiosa –porque el sermón esencialmente tenía lugar en la sinagoga y estaba muy influido por ideas de orden religioso–, siempre ha existido en el seno del pueblo judío, como en todos los otros, una amplia corriente secular de transmisión oral.

Así, en Europa del Este, el *badkhan*, o animador profesional de bodas, jugó un papel fundamental durante mucho tiempo al narrar historias de orden sentimental o cómico, con frecuencia improvisadas y basadas en la sabiduría popular.

Disfrutaban también escuchando a músicos ambulantes, mendigos, cantores callejeros, modistas y sastres, vendedores en los mercados, conductores, aldeanos y mercaderes que iban de feria en feria, y escuchaban toda clase de historias que traían luego a casa; artesanos, guarnicioneros, zapateros, herreros que viajaban también de aldea en aldea con sus herramientas, y los narradores profesionales.

Todo un pueblo transmitía así su propia tradición oral y a veces la de otros. Pese a la persecución de la *Shoá*, esas narraciones perduran.

La gran explosión literaria que conoció el mundo judío –en Europa del Este principalmente– a partir de comienzos del siglo XIX, con la eclosión de ideologías revolucionarias, produjo una floración de historias, narraciones, cuentos en parte desconocidos, que desde principios del siglo XX abre una amplia cadena de transmisión oral entre el Viejo y el Nuevo mundo.

Las leyendas jasídicas

Las leyendas atribuidas al rabí Israel (1700-1760), llamado Baal Schem Tov, el Maestro del Buen Nombre, fundador del jasidismo, no tienen un único autor, evidentemente. Proviene, en parte, de las palabras del mismo Baal Schem, y en parte de narradores y predicado-

res –frecuentemente discípulos del movimiento jasídico– que iban de villa en villa, añadiendo cada uno sus propias palabras a la narración hasta que la idea quedaba definitivamente fijada, por lo menos durante un tiempo.

Más tarde, esas narraciones fueron puestas por escrito y continuaron circulando por medio de centenares de miles de ejemplares en pequeños fascículos *yiddish* impresos en cada villa de Polonia y de Rusia, hasta comienzos de la Segunda guerra mundial.

Muchas generaciones de niños judíos no conocieron otras «Mil y una noches» que tales narraciones, cuyas aventuras encantadoras les cautivaban mientras sus padres discutían sobre el sentido profundo oculto en esas mismas fábulas.

Finalmente, eruditos, poetas, escritores y filósofos han ido descubriendo a su vez esas leyendas, y pensadores judíos como Israel Zangwill, Scholem Asch, Scholem Anski (autor de *Dybbouk*), Isaac Bashevis Singer y el poeta-filósofo de origen judío-alemán Martin Buber, las han utilizado.

En un segundo tiempo, la leyenda jasídica está compuesta casi exclusivamente de narraciones de un solo autor: el rabí Nakhman de Batzlav (1772-1810), biznieto de Baal Schem Tov.

Aquí el individuo habla en nombre del pueblo, y tenemos una serie de narraciones que recuerdan los cuentos de hadas, y tan explícitas y llenas de contenido como las parábolas de Cristo.

Durante las comidas, las vísperas del *sabbat* o de fiestas religiosas, durante sus largos viajes en carreta por las provincias de Galitzia, a lo largo de sus paseos o cuando enseñaba a sus discípulos, el rabí Nakhman desplegaba sus maravillosas alegorías en las que reyes y príncipes, héroes y demonios se desplazan en una transparencia colorista, como majestuosas figuras de una vidriera a las que hubiese concedido la palabra y el poder de moverse.

Cada una de esas historias forma un laberinto complejo. El sentido está oculto y, sin embargo, resulta claro, porque cada personaje en cada narración es un símbolo tan abstracto como un número y, a fin de cuentas, los símbolos parecen haber ocupado milagrosamente su sitio en la formulación pura de un teorema concreto.

HISTORIA DEL CANTOR

Se cuenta que al comienzo Dios creó primero los animales, y después al hombre.

Una vez creado, el perro se dirigió a Dios y le preguntó:

–¿Qué haré yo en la vida, buen Señor?

–Tendrás un amo que te golpeará si no le obedeces, roerás huesos y ladrarás a la Luna.

–¿Y cuánto tiempo viviré?

–Setenta años.

–¿Setenta años! ¿Llevar una vida de perro durante setenta años? Con quince me sobra.

–De acuerdo –dijo el Señor.

Luego, Dios creó el caballo. Una vez creado, el caballo se dirigió a Dios y le preguntó:

–Y yo, buen Señor, ¿qué haré en la vida?

–Tú, caballo, acarrearás pesadas cargas y, como recompensa, te darán latigazos.

–¿Y cuánto tiempo viviré?

–Setenta años.

–¿Setenta años! ¿Llevar una vida de caballo durante setenta años? Con veinticinco me sobra.

–De acuerdo –dijo el Señor.

Después, Dios creó un cantor de sinagoga. Una vez creado, el cantor se dirigió a él y dijo:

–Y yo, buen Señor, ¿qué haré en la vida?

–Tú, cantor, cantarás en la sinagoga. Cantarás en todas las bodas, en los *bar-mitzvah*, en las circuncisiones, cantarás

en todas nuestras festividades. Y cada vez que abras la boca, todo el mundo se extasiará ante ti. Tu vida será una larga sucesión de alegrías sin fin.

—¿Y cuánto tiempo viviré, Señor?

—Setenta años.

—Setenta años... ¿sólo? Buen Señor, concédeme vivir al menos ciento veinte años.

—De acuerdo —asintió el Señor.

Pero ¿de dónde pensáis que tomó el Señor los años suplementarios que le pedía el cantor? Pues de los que inicialmente había señalado al perro y al caballo.

Entonces, si os sucede que tenéis que escuchar a un cantor de más de setenta años, no os extrañéis de que aülle como un perro. Y si le invitáis a comer, no os extrañéis de que engulla como un caballo.

CÓMO CREÓ DIOS A LA MUJER

Dios no creó a la mujer de la cabeza del hombre para que la mande; ni de sus pies para que sea su esclava.

La creó de su costado, para que esté muy cerca de su corazón.

LA PRIMERA LÁGRIMA

Tras ser expulsados Adán y Eva del Jardín del Edén, Dios vio su arrepentimiento. Y les dijo:

—¡Pobres hijos míos! Os he castigado por vuestra falta y os he expulsado del Jardín del Edén, donde habríais vivido felices y sin preocupaciones. Ahora vais a conocer un mundo lleno de dolor y de dificultades. Sin embargo, quiero que sepáis que mi amor hacia vosotros jamás desaparecerá. Por eso he decidido regalaros esta perla inestimable de mi tesoro celestial. Mirad: es una lágrima. Cada vez que la aflicción os invada, cada vez que sintáis el corazón oprimido y el alma presa de la angustia, esa minúscula lágrima os subirá a los ojos, y vuestra pesada carga se verá así aligerada.

Tales palabras llenaron de tristeza a Adán y Eva. Entonces las lágrimas les subieron a los ojos, e inmediatamente resbalaron por sus mejillas y cayeron al suelo.

Fueron esas lágrimas las primeras que regaron la tierra. Adán y Eva las transmitieron como preciada herencia a sus hijos.

Desde entonces, cuando un ser humano siente el corazón oprimido y el alma angustiada, las lágrimas le suben a los ojos y se esfuma su tristeza.